

Impresión personal.

El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad. — RUBÉN DARÍO.

La muerte de un gran espíritu con quien se ha estado en contacto, en lo que los espíritus tienen de más puro y duradero, su obra intelectual, es siempre un motivo de meditación y tristeza. Todo un fondo de recuerdos y sensaciones se despierta de golpe y nos da, en medio de la realidad de hoy, absorbente y despiadada, la impresión viva de nuestra formación espiritual.

Así Darío. Le conocí en sus libros, en el albor de mi primera juventud, hace casi diez años, cuando en un buscar afanoso y vacilante a la

vez, íbamos un grupo de muchachos al encuentro de esos dos bienes que nunca se alcanzan del todo: libertad y cultura. Zola, Almafuerte, Verlaine y un editorial de *La Vanguardia*: «todo bella cosecha.» Horas de exaltación y de fiebre, de remoción profunda, de perspectivas imprevisitas, de horizontes insospechados, de revelaciones ingenuas, de puras emociones, en que el libro era el único bien y la alegría única...

La poesía de Darío, con sus libres modos de expresión y su clasicismo impecable y severo, con su música delicada y ligera de mandolinas y sus sonos graves y pausados de órgano que entona resposos, con sus motivos griegos y su ingenuo erotismo, con sus fantasías extrañas y su simbolismo transparente, producía en nosotros admiración y desconcierto. Creíamos que su arte era una revolución. La poesía investida de audacia nos parecía más bella.

¿Era una revolución? El tiempo y la admiración más reflexiva imponen la pregunta. Nadie tan rico de cultura literaria clásica y moderna como ese peligroso innovador. Nadie conocía

mejor la vieja literatura castellana, en que el genio de la poesía popular ha dejado, como en todas, su huella imborrable. Y por eso, hermanados en su temperamento estético y en su sensibilidad exquisita, iban el exámetro griego y la seguidilla gitana, el endecasílabo de gaita gallega y el alejandrino del viejo Berceo, el verso libre que sigue caprichosamente el ritmo vario de la idea o emoción y el soneto de corte clásico, tortura de poetas, modelado como una ánfora. Por eso saltaba desde el Romancero a Verlaine, pasando por Hugo y abarcando siglos.

Él mismo lo ha dicho en cortas y modestas frases que definen toda su estética: «Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir siempre bajo el divino imperio de la música: música de las ideas, música del verbo. He impuesto al instrumento lírico mi voluntad del momento, siendo a mi vez órgano de los instantes, vario y variable, según la dirección que imprime el inexplicable Destino.

He cantado en diferentes modos el espectáculo multiforme de la Naturaleza y su inmenso misterio.»

Es que Darío aportó en su tiempo una nota que fué una renovación. Por eso provocó—él, que no dió nunca un manifiesto ni creía en las escuelas literarias — admiradores que se decían discípulos. Y por eso, la crítica consagrada a rumiar siempre el mismo pienso, le lanzó sus dardos. Difundió en América y llevó después a España el movimiento de reacción estética que en los últimos cuarenta años sacudió la literatura francesa, haciéndola más rica, subjetiva y sensible.

Este movimiento, a pesar de las inevitables exageraciones, consagró en la poesía una nota hondamente humana que no cultivaron tanto los clásicos ni los románticos: la nota íntima, personal, la nota del lirismo subjetivo, en que el sentimiento, si puedo expresarme así, no estalla en largos lamentos o en forma grandilocuente y declamatoria, sino que se muestra casi pudoroso en su encantadora vaguedad. Y reivindicó también para la poesía el encanto de la música

verbal, haciendo del idioma un instrumento maleable, casi sensitivo, que alcanza, en la combinación de imágenes y palabras, a ser melódico, ágil y suave: trino, espuma, encaje... La fuerza de esa reacción literaria estaba en que era más instintiva que dogmática. La musa popular, con sus canciones rústicas, concisas, ingenuas y simples, acordadas casi siempre al ritmo de la danza e impregnadas de simbolismo, dió un gran material a sus cultivadores.

La poesía americana y española, bajo sus influjos se ha enriquecido. El ritmo y la rima tienen ahora una libertad que es fuerza y belleza, sin más limitaciones que las impuestas por el buen gusto y el asunto que se trata: no se traduce el dolor en un metro «balzante» y ágil...

Se le ha hecho y se le hace la objeción de que su poesía no expresó los sentires y aspiraciones del siglo. Los que tal dicen rebajan el Arte al querer asignarle una sola misión. Cada artista siente de acuerdo con su modalidad personal, y traduce, en su estética, el espectáculo de la Naturaleza o de la vida que más impre-

siona su espíritu. Al poeta le basta, para cumplir su misión y perdurar aumentando el caudal emocional de los hombres, con ser humano. El amor y el dolor, con su gama infinita, siempre cambiante y siempre perdurable; con su significación universal y eterna, y con su dominio implacable de las almas, esclavas de su ley imperiosa, han inspirado eternamente la Poesía. Rubén Darío los ha recogido en su verso cincelado y en su música armoniosa. Y poco importa que haya visto sólo el aspecto individual o íntimo, porque el amor y el dolor son idiomas en que se comunican todas las almas.

La Poesía tiene su finalidad en sí misma. Y, como alguien lo ha dicho, ella vivirá, no porque sea social, mística o pagana, sino porque sea bella. Y de mí sé decir que admiro al poeta Verhaeren, poeta de mi siglo y de mis ideales, que para expresarlos revoluciona el ritmo e innova en la forma; pero lo iguala en mi admiración el viejo Verlaine, cuya poesía de intimidad y de sentimiento ingenuo ejercerá siempre un invencible atractivo.

Tuvo Darío, como casi todos los poetas, ese desequilibrio que es su fuerza en el Arte y su debilidad en la vida. Hay en ellos un predominio exclusivo del sentimiento. Y por eso escollan en los menesteres a que el vivir diario nos obliga, y circulan entre los demás como con azoramiento y tropezando. ¿Les haremos un reproche por eso?

Fué un laborioso. Su labio se aplicó a la flauta pánica con la persistencia que sólo dan los grandes amores. Y sin querer imitadores y diciendo de su poesía «es mía en mí», cantaba con la serenidad de los que saben que crean: «Voy diciendo mi verso con una modestia tan orgullosa que solamente las espigas comprenden.»

Por eso su vida es un ejemplo, en cuanto creyó en su arte intensamente y lo cultivó imperturbable y fiero. Este poeta, que fué discutido e inició un movimiento de libertad, nos ha dicho en estrofas divinas lo que debe ser la divisa de los que estamos empeñados en una acción:

Pasó una piedra que lanzó una honda;
Pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
Y la flecha del odio fuése al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
Con el fuego interior todo se abrasa;
Se triunfa del rencor y de la muerte,
Y hacia Belén... la caravana pasa.

ANTONIO DE TOMASO.

Rubén Darío.

Rubén Darío, con el ejemplo de su obra, con su actitud espiritual, su probidad mental, su distinción, su buen gusto, su gracia, su amor por la síntesis, su equilibrio, su armonía, ha enseñado, en calidad y cantidad, como nadie supo hacerlo nunca, y ha influenciado con profundo provecho todas las generaciones de escritores desde más de veinte años a esta parte en América y España. Es el más grande innovador de la forma poética y el más consumado maestro de la versificación castellana que haya existido. Es el autor de la más importante evolución de

nuestro idioma, al que prestó, en el verso y en la prosa, desconocida musicalidad, soltura, matices, plasticidad, y es, en fin, quien dió el más vigoroso impulso a la renovación literaria que hoy prospera en los países de nuestra habla. Pero por lo que le estamos reconocidos eternamente, por lo que le exaltamos, es por habernos dado a manos llenas inéditos sujetos propios de la Poesía, por habernos revelado múltiples aspectos de la belleza, que fué a buscar y extrajo de las fuentes de la literatura, la leyenda, las religiones, la historia, el arte todo, calmando nuestro inmenso anhelo de perfección. Ello le consagra su inmortalidad.

Rubén Darío ha sido el poeta más grande y más humano de los tiempos actuales. A él le fué dado hacer más lírico el lirismo; nos ofreció como nadie tan pura su emoción, que regía una sinceridad absoluta; nos mostró su estado de alma vestido con un ropaje tan rico de imágenes, novedad, armonía y poder verbal, que cada una de sus producciones nos sorprende de manera particular y distinta, y adquieren valor de

piezas únicas en la literatura del Continente y la Península.

Es que el divino poeta hermanaba al don apolíneo una sabiduría imponderable, y es que el hombre, hondamente sensible y verdadero, fué precoz en el dolor que presta la suma clarividencia, el dolor que le fué dado con la virtud del canto. Desde su adolescencia, y para siempre, le martirizó el mal de la vida; le torturó no saber la razón del existir; le angustió la incertidumbre de la vida y la certidumbre de la muerte; envenenó su corazón el prematuro convencimiento y la constante comprobación de la vanidad de todo; le convirtió en un ser errante y en un misántropo la incapacidad espiritual y física para adaptarse a la existencia.

Su tristeza no se curó nunca. De ella, en forma de melancolía sutilísima en unos, decepción y amargura en otros, aspiración a lo irreal, ansia de nunca visto y de nunca más, están impregnados todos sus poemas subjetivos.

Su manera de ver y de sentir era y es todavía la de sus contemporáneos, y acaso lo sea siem-

pre, porque Rubén Darío es un poeta eterno. Era el intérprete de nuestro sentimiento de hombres «llegados demasiado tarde», corroidos por literaturas filosóficas de negación. Comulguemos, pues, enhorabuena, con Rubén Darío. Dejemos aparte a D. Juan Valera, que no conoció otra cosa que su primigenio *Azul...* y estuvo lejos de presentir al insigne domador de Pegaso de más tarde; dejemos al castizo académico, que no fué sino el puente entre el extraño cantor y las *Ocas normales*. Dejemos a José Enrique Rodó, que en su hora puso magnífico escolio a las *Prosas profanas* para el universal personaje que no comprende, y dejemos a Andrés González-Blanco, que sabe muy poco más que los Sres. Prudhomme y Homais. Sin comentarista alguno entreguémonos al hondo y perfecto artista de los *Cantos de vida y esperanza*, y pasando por *El Canto errante*, pongamos nuestras almas al unísono del poeta, del filósofo, del hombre lleno de melancolía viril que en el *Poema de Otoño* alcanza tan alta y noble expresión, en el desconcierto de su dolor: ciencia de la vida.

Y, por sobre todo, sigamos su ejemplo; sepamos renovarnos y ser; natos herederos suyos, vigilemos su magnífico legado; tengamos en alto su nombre, orgullo de la estirpe, y su obra, que aún no ha dado todos sus frutos, y los dará por siglos.

EVAR MÉNDEZ.

Rubén Darío.

Os magna sonaturum.

Venía rosa el alba; azul estaba el cielo;
Las ramas florecían; cantaba el ruiseñor...
Y entonces dijo el vate: «La vida es pura y bella»;
Y al son de aquel concierto vibró, sonó y cantó.

Y forjó la palabra que bendice las cosas;
Y la empapó en la savia divina del amor;
Y puso en ella un suave calor de luz del alma,
Y un sonoro latir de corazón.

En la flauta de Pan palpité de armonía,
Y suspiró en las cuerdas de su magno laúd.
Y en el albo corcel de las alas vibrantes

Cabalgó por la vida, y con hambre de luz
Fué subiendo al Parnaso, y al llegar a la cumbre
Se lanzó a lo infinito y se perdió en lo azul.

CAMPOAMOR DE LAFUENTE.